

Miguel Herrera Olivo (1956-2012)



● Miguel Herrera. Foto de Ciro García Mata.

Eduardo Ernesto Mier Hughes

Conocí al legendario técnico teatral Miguel Herrera cierto día de 1996 en la explanada del Centro Nacional de las Artes. Miguel y algunos compañeros suyos se acercaron a saludar a Arturo, un amigo con el que estaba yo platicando en ese momento. Este último, ni siquiera atinó a presentarnos. Recuerdo cómo Miguel se quejaba de las instalaciones de los entonces relucientes teatros del CNA: le parecían poco cómodos y con mucho equipo mal distribuido. Después, lo vi alejarse con ese paso cansino que lo caracterizaba. Qué lejos estaba yo de imaginar en ese momento, cuántas veces trabajaría con él y cuánto tengo que agradecerle.

El técnico teatral es, para el público de las artes escénicas, la parte oculta de la organización que hace posible los montajes. Pero no solo para el público, el cual, a final de cuentas, no tiene por qué estar enterado de las complejidades técnicas de la escena. Hay actores, directores e incluso escenógrafos e iluminadores que ignoran muchas cosas sobre los recursos hu-

manos de los foros que visitan, así como sus formas de trabajo y tradiciones.

Es un lugar común decir que el teatro es un trabajo de equipo. Lo dicen los directores y los maestros a sus actores o alumnos. En raras ocasiones esa definición se refiere a todos los oficios que soportan un escenario, desde la taquillera hasta el traspunte, pasando por los electricistas, sonidistas, tramoyistas, utileros, atrezzistas, pintores, carpinteros, peluqueros, sastras, maquillistas, acomodadoras y los personales de administración, intendencia y vigilancia.

Incomprendido las más de las veces e incluso satanizado, el técnico teatral en cualquiera de sus especialidades, conjuga una serie de saberes que aparentemente se han sistematizado de manera empírica. Y es que en México, los técnicos se forman por herencia familiar en algunos casos, y en otros por pertenecer a sindicatos que promueven a sus agremiados mediante concursos. Las plantillas de los teatros lo mismo están formadas por personal que creció en el escenario o en talleres, que por gente que ascendió gracias al escalafón desde la intendencia, sin haber trabajado antes ni siquiera como aprendiz.

El dominio de las artes y técnicas escénicas en construcción y operación no otorga títulos ni puestos rimbombantes. A pesar de los intentos que desde hace por lo menos una década se han hecho para crear centros de enseñanza y formación especializados, la mejor escuela parece seguir siendo el foro mismo y el mayor reconocimiento que puede obtener un técnico es el de sus propios colegas y el de la comunidad teatral que interacciona con él.

Dicho reconocimiento puede ser opacado por el rechazo. Existe una tensión constante entre el personal técnico de los distintos teatros y sus usuarios. La operación de un escenario puede ser tediosa y repetitiva en algunas ocasiones y las programaciones artísticas de los teatros del Instituto Nacional de Bellas Artes y la UNAM, por ejemplo, saturan a su personal con labores continuas de montaje, desmontaje, ensayos y funciones que alcanzan a cubrir los siete días de la semana en horarios matutinos y vespertinos. Los técnicos viven en sus teatros.

A pesar de eso, se les exige que tengan una actitud abierta y “receptiva”; que monten y desmonten equipo de iluminación hasta que el diseñador se dé por satisfecho; que laboren más allá de sus horarios “porque el teatrero no descansa” y que además, estén siempre sonrientes y tengan buenos modales. Recuerdo a un colega iluminador, ya desaparecido, que era famoso porque, decían, no había visitado un teatro sin poner una que-

ja contra uno o varios de sus trabajadores, por el “mal servicio”.

Conozco, por supuesto, técnicos teatrales antipáticos y odiosos. También conozco directores, actores y escenógrafos antipáticos y odiosos. El que esté libre de pecado, que levante la primer acta.

La Sala Dagoberto Guillaumin (Sala Chica) del Teatro del Estado de Xalapa, funciona con técnicos pertenecientes a nuestra Universidad Veracruzana. Todos esperamos, desde hace años, una reparación general que alivie al foro de la Sala Chica de los males que le aquejan: equipo de iluminación obsoleto; instalaciones eléctricas desgastadas; áreas de tramoya incómodas e insuficientes y goteras por doquier. Mientras tanto, las labores de los técnicos parecen demostrar que efectivamente, el teatrero no descansa ni se detiene ante las dificultades.

Es en estas condiciones en las que Miguel se desempeñó como electricista y como Jefe de Foro. Su forma de trabajo sirve como ejemplo de lo que se espera de un buen técnico: solidaridad, disposición y conocimiento, no solo de su especialidad, sino de todas las que ocurren en un espacio teatral. Su actitud era siempre la de un viejo sabio, que cuando era necesario regañaba y fustigaba a sus muchachos pero las más de las veces los consentía y apapachaba.

Cuando un jefe como Miguel recibe a un escenógrafo o iluminador desconocido, tiene que “tomarle la medida” para saber con quién está hablando, ya sea con alguien experimentado o con un novato que las más de las veces no sabe lo que quiere. El técnico se puede convertir en un maestro si como nuestro amigo se preocupa por ofrecer su conocimiento para bien del espectáculo. Los técnicos, entonces, son profesores. Y en los escenarios de la Universidad Veracruzana, que a la vez son aulas, ésta posibilidad debe ser reconocida y fomentada por todos los que estamos involucrados en la enseñanza. El mejor homenaje que le podemos hacer a Miguel es fomentar la buena comunicación y la solidaridad en las relaciones entre los técnicos y los usuarios. La buena fama de Miguel, por cierto, la comparten el resto de sus colegas de la Sala Chica.

La última vez que lo vi, fue en un banco. Generoso como siempre, me había ayudado a resolver el problema de un cobro y por ello nos encontramos en el centro de Xalapa. Bromeamos un poco y quedamos de vernos pronto, en la celebración del Festival Universitario de Teatro. Después de prodigar su sonrisa infantil, se dio la vuelta y se alejó con su paso lento, ahora marcado por la cojera, hasta que se perdió entre la gente...